



Julio 10/85

EL ILUSTRÍSIMO SR. DR. D. FRAY JUAN DE JESÚS ZEPEDA, OBISPO DE HONDURAS.

DOLOROSA mansión es esta tierra, que sirve de teatro lúgubre á las escenas de la muerte! ¡Acaba de sumirnos en tristísimo duelo, arrebatando sin piedad y sin respeto al Pastor de la Grey Hondureña! ¡Despiadada cortó la vida del sumo sacerdote que levantaba sus brazos para bendecirnos, abría sus labios para cantar las alabanzas del Señor y enseñarnos el camino de justicia, dándonos santos y saludables ejemplos!

¡A las siete de la noche del 20 del próximo pasado Abril, arrancó de nuestro seno al solícito e infatigable **Doctor Don Fray Juan de Jesús Zepeda**, dignísimo Obispo de esta Diócesis, que por 23 años la protegiera con sus apostólicas fatigas!

El Ilustrísimo **Señor Zepeda** demostró al mundo con su ejemplar vida y las acriolladas virtudes que le adornaban, cuán cierta es aquella frase de la escritura: “*Bienaventurado el hombre que teme al Señor y anda por sus santos caminos.*”

El **Señor Zepeda** nació en el mineral de San Antonio, de esta República, el 20 de Noviembre de 1808, y sus virtuosos padres le enviaron á la Pontificia Universidad de Guatemala, en donde luego adquirió la mejor estimación por su talento y apreciables aptitudes.

Cómo había nacido para cultivar el único verdadero, tesoro que es el de las virtudes, entró y profesó en el convento de San Francisco, en donde se mostró fiel observador de la regla seráfica, que abrazara muy temprano para preservar su alma del contagio del siglo y asegurar su eterna salvación.

En 1829, expulsado por el general Morazán el señor Arzobispo Casaus con varias órdenes religiosas, el **Señor Zepeda** fué víctima de este ostracismo, de cuyo resultado se quedó en Chiapas y Tabasco, que recibieron el beneficio de su santo ministerio: su memoria les es grata aun.

A los 14 años regresó á Guatemala, en donde restableció con sus hermanos la orden seráfica.

Por los años de 1845 á 52, vino á San Salvador asociado del muy ilustre Fray Esteban Castillo, á desempeñar varias cátedras de enseñanza superior, haciendo marcados progresos en la Filosofía. Luego fué electo Guardián de la orden Franciscana, y pasó á Guatemala dejando en los corazones salvadoreños indelebles impresiones de su talento y virtudes.

Siendo Guardián, fué promovido á la Sede Episcopal de Arindele, *in partibus in fidelium*, y recibió la consagración el año de 1859. En 1861, fué trasladado por Pio IX á la Sede Episcopal de Comayagua, de que tomó posesión el 23 de Marzo de 1862.

Con esta traslación tuvo el Ilustrísimo **Señor Zepeda** la feliz oportunidad de sacar á la Iglesia hondureña de la abyección en que la sumiera la revolución Guardiola-del-Cid; y desde entonces desplegó un celo eficaz en bien de su nueva Grey. Ordenó 60 presbíteros; visitó toda la Diócesis, que en Honduras es un trabajo de magna consideración, por la asperidad de su suelo y distancia de los pueblos. En 1869 fué á Roma con el doble

objetivo de hacer la visita *Ad Limina* y asistir al Concilio Vaticano, habiéndose distinguido en las discusiones por el acierto y modestia con que externaba su opinión. En 1871 regresó á su Diócesis, á quien consagró los últimos años de su apostolado, que desempeñó con firmeza, solicitud y moderación. Por fin á los 77 años de edad, después de un estenuamiento de fuerzas físicas, sucedió el para siempre memorable 20 de Abril; pobre de los bienes de este mundo, pero muy rico de los inestimables de la virtud.

El Ilmo. **Señor Zepeda** poseía la cultura mas esquisita; era un verdadero y profundo sabio, un perfecto discípulo de Jesucristo, un Prelado edificante adornado de las virtudes propias del apóstol, era el sacerdote humilde por anonomacia, nunca disputó por nada con nadie; si alguna cuestión elevada le comprometía á emitir su veredicto científico, del que le vinieran honores y aplausos, modestamente eludía emitirlo, diciendo: “Conviene estudiar el caso.”

Con inimitable constancia se ocupaba de los asuntos de la Diócesis y del estudio, su recreo único en el palacio, de donde no salía sino cuando el deber lo llamaba. En la predicación imitaba la sencillez de Jesucristo y el estilo suave y persuasivo de los Santos Padres; sus mesurados discursos eran fecundos en instrucciones altísimas para la vida cristiana.

La paciencia y caridad del Ilmo. **Señor Zepeda** eran proverbiales; jamás se le oyó una expresión acre, siempre disimuló las faltas ajenas aun graves. Injuriado sucesivamente en varios folletos desde 1878 á 82, no perdió su calma; y mas bien, cuando se le proponía que era bueno rebatir aquellas injurias, contestaba: — “*no, acordémonos del precepto de nuestro Señor Jesucristo: ROGAD POR LOS QUE OS PERSIGUEN Y CALUMNIAN.*”

Su generosidad era de todo punto recomendable; porque, careciendo de medios de subsistencia aun para sostener la modesta posición de un Obispo, no dejó de socorrer á cuantos imploraban su auxilio. En fin el Ilmo. **Señor Zepeda**, amantísimo padre, sacerdote santo y virtuosísimo Prelado, era el tesoro de más valía que tenía la Gendarquía Eclesiástica y un valuarte inexpugnable del cristianismo.

Bajó de la Cátedra sagrada á la tumba sin dejar un solo resentimiento; al contrario, amado y respetado de todos, su muerte nos penetra de llanto y de dolor amargos.

Al desaparecer de enfrente de la Iglesia en circunstancias como las presentes, su pérdida es irreparable y la desgracia de Honduras indescriptible.

¡Oh Ilmo. y Rvdmo. **Señor Zepeda**, el cielo premie tus eminentísimas virtudes; y en medio de ese piélago de inextinguible luz de que gozas, no olvides tu querida Grey, que llora tu muerte sobre tu tumba venerable!

¡Moriste, pero vivirás en nuestra memoria!

Guarita, Julio 10 de 1885.

Francisco Navarro.